

gente conocida —bien difícil es que no se amen quienes de verdad se conocen— a esos núcleos urbanos siempre con un poco menos de lo que presumen, siempre con un poco más de lo que se lamentan, siempre con proyectos en el Ayuntamiento —lo que debe llamarse sencillamente vida—. Hay que olvidarse de lo desmesurado, de lo gigantesco, y buscar las doradas proporciones; buscar esos ambientes manejables sin ser raquíticos, controlables sin ser domésticos, en razón y aventura, con todas las dificultades que hacen hermosa la convivencia y con ninguna de las fatales condiciones que la hacen imposible.

Quienes rigen destinos desde altos niveles habrán de concentrar su mirada y sus fuerzas —las de todos— en esos ambientes con pasado y futuro, sin contaminación, alejados aún de la pornografía y de la subversión y de otros poderosos lavados de cerebro, alejados tal vez del gran materialismo, que es la más moderna invasión de los bárbaros. Ahí habrán de invertir, en esas calles que tienen cielo encima, en esos estudiantes que vuelven a su casa por las tardes, en esas fiestas en las que todavía se predicán las virtudes del Santo y se le saca en procesión disparando cohetes. Ahí habrán de inventar más fuentes de riqueza, que fácilmente pueden ser fuentes de felicidad.

Nuestra provincia de Ciudad Real es ancha y hermosa; muchas de sus ciudades, villas, pueblos, vienen bien como ejemplo de este elogio y justicia de las ciudades medianas. Por tierras de Calatrava, de Santiago, de San Juan; por la gran llanura manchega y por montes y valles del sur o del oeste, no faltan comunidades de historia y de porvenir, ágiles y descongestionadas, laboriosas y en pie de recursos, a las que una política seria debe poner una señal azul en el mapa de las inmediatas realizaciones. Estas, por su historia y arte nunca dormidas; aquéllas, por su industria en prosperidad; unas, por su tono vital y asentamiento; otras, por su agricultura de vuelo extraordinario; y las de los modernos y crecientes servicios, y las del empeño indomable en progresar; y, en fin, las de todas las gallardías a punto, los proyectos bien estudiados, los aires sin contaminación y el corazón y mente emprendedores.

Son las ciudades encantadoramente pueblos. Son las villas con auténtica voluntad de promoción. Son los pueblos con espíritu verdadero de ciudadanía.

Ciudad Real tiene lugares de porvenir; habrá que preparar el porvenir de esos lugares. —¿No existe hasta una ley de las especies protegidas en el reino animal?— Parece claro que los españoles no queremos vivir en un país de cuatro o seis ciudades monstruosas, mundiales, de exhibición y de peligro, sino en una España de muchas ciudades razonables; en una España clara que no pierda su intimidad, donde paisajes diferentes habiten con nosotros cerca de